

## SUEÑOS DE BAR

Entre la viejas calles del centro de Calcuta o Kolkata, como se la conoce oficialmente en India, cercano a un hotel de cinco estrellas, Ima y yo entramos en un antro oscuro, un bar lúgubre de madera vieja y carcomida, con las mesas enmohecidas por el clima. El lugar era un viejo superviviente de la época colonial. Rodeado de grandes hoteles y restaurantes caros, no parecía haberse dejado influir por los nuevos tiempos. Los comensales se sentaban, uno o dos por mesa, en silencio. Entre las leves luces de bombillas amarillentas, los escasos clientes bebían cerveza sin alegría y parecían estar en perfecta armonía silenciosa con sus botellas de cerveza King fisher. La falta de música, e incluso de murmullos, hacían que el garito fuera un poco más siniestro. Era un lugar donde, daba la impresión, que las horas pasaban como si fueran años. La sombra del camarero recorría la sala como un fantasma, cambiando las botellas vacías por otras llenas, sin hacer ruido, sin preguntar. Nada parecía poder cambiar el flujo en aquel lugar hasta que al fantasma con pajarita y bandeja se le ocurrió susurrarle a Ima con ese inglés cantado de los indios.

—¡Perdón señorita, este bar es sólo para hombres.

—¡Y un carajo! —le espetó en perfecto inglés con acento vasco.

—¡Me tomaré esta cerveza aquí y si no le gusta llame al manager, me gusta este bar y no sé porqué he de irme por ser mujer!

En ese momento el bar se convirtió, por unos segundos, en un museo de cera. Los presentes miraban al camarero

sin mover un músculo, esperando su reacción. Sabiéndose el centro de todas las miradas optó por retirarse y no dar pie a más *violencia*.

Fue precisamente aquí, en el Olypub, donde surgió el pacto de realizar un viaje largo, a ningún lugar en concreto. Era un pacto para salir de la India viajando, conociendo y recorriendo una parte del globo. En los bares siempre surgen buenas ideas aunque, para este viaje en concreto, también ayudó una experiencia vivida hacía poco en el Norte de la India.

Unos meses antes habíamos estado en Rajastán, haciendo un reportaje fotográfico sobre la feria de camellos del norte. En la ciudad de Pushkar se juntan entre quince y veinte mil camellos traídos por gentes de todo el estado. Entre las miles de personas que allí se reunían había un grupo, una casta, una tribu que nos llamó especialmente la atención, eran los kalbelya. Algo en sus gestos, en su desparpajo, o en su maestría musical, nos recordaba a los gitanos españoles. A partir de ahí investigamos, leímos libros y tiramos de internet. Llamamos a gente que nos pudiera informar y finalmente nos encontramos con una historia que no nos soltaba. Esta gente que conocimos en Pushkar eran parientes lejanos de los gitanos europeos, una tribu de las muchas que hace mil años iniciaron una diáspora igual de larga en tiempo que en kilómetros. Hasta ese momento pensamos que sería una buena historia periodística, pero en el Olypub nos dimos cuenta de que podríamos recrear esa diáspora mientras intentábamos ubicar a los descendientes de aquellos hombres y mujeres.

Al darnos cuenta de lo que eso suponía Ima y yo nos pusimos a indagar. Todas nuestras fuentes: los artículos leídos en internet, páginas web, expertos en language, parlamentarios de la Unión Europea romaníes... nos indicaban que los antecesores de la etnia gitana provenían del hindustán, particularmente de la zona del Punjab, Rajastán y Uttar Pradesh. El language fué, prácticamente, la única forma de seguir la pista. Aunque el habla evolucione, siempre hay remansos, siempre quedan posos

que pasan de generación en generación. Las palabras se convirtieron en un mapa desde donde ir viendo el viaje. Era algo fascinante ir descubriendo como, a medida que se movían las puntitas rojas en el mapa, el caló, el romanó y los diferentes lenguajes de los rom se iban mezclando, intercambiando palabras, sonidos y expresiones. En un principio pensamos que podríamos seguir la senda de los apellidos, pero enseguida nos dimos cuenta de que se perdían en vanos intentos de integración o asimilación. Casi ningún gitano español con más de dos generaciones tiene apellido rumano, checo, italiano, francés, turco, iraní o indio, y sin embargo la inmensa mayoría ha tenido lazos familiares con todas esas tierras, ¿curioso no?

Las coincidencias que encontramos entre el caló de los gitanos españoles y el hindi fue sorprendente. Esta es una pequeña muestra:

*Agua; en caló pañi; en hindi pani*  
*Hambriento; en caló boqui; en hindi bhukh*  
*Pelo; en caló bal; en hindi bal*  
*Dormir; en caló sobar; en hindi sona*  
*Mano; en caló bae; en hindi bath*  
*Nariz; en caló nacri; en hindi nak*  
*Sol; en caló kham; en hindi gham*  
*Ver; en caló dicar; en hindi dekh*  
*Yo; en caló menda; en hindi main*  
*Boca; en caló mui; en hindi muh*

Los gitanos son la minoría étnica que más tiempo lleva en España y no los conocemos, o por lo menos no del todo. Supimos que sus ancestros vienen de la India, que viajaron hasta España atravesando media Asia y Europa, que sufrieron lo insufrible, que se denominan Romaníes y que a pesar de todo esto siguen manteniendo una cultura única. En ese momento, en el Olypub, decidimos hacer la ruta de los gitanos para conocer su historia.

Todavía nos quedaban un par de días en Calcuta, un par de días para disfrutar del caos de la que fue la segunda ciudad del imperio británico en la época en que los tentáculos ingleses eran largos y poderosos. La ciudad sigue conservando la majestuosidad de sus edificios victorianos, pero con el velo de lo viejo, sudando, como todos sus ciudadanos, sufriendo una humedad que es tan de ciudad como los tranvías. En el centro, los imponentes edificios son la mejor imagen de una colonia huída, que abandonó a su suerte el trabajo hecho con grandilocuencia pero con demasiado gasto. Los tranvías, como las casas, no se han remodelado ni cuidado demasiado y circulan de milagro, traqueteando por gran parte de la ciudad, aliviando, pese a su lentitud, un tráfico insoportable. Kolkata es un abandono vivo, y aún así, el centro intelectual hindú. Hombres ilustres, sabios, desgraciados o maleantes, todos juntos forman una masa que parece ser suficiente para mantener la vieja y desconchada ciudad en pie. Cuando cae la noche, no se vacía, se relaja pero no se vacía. Son millones los cuerpos que usan el asfalto como colchón, entre plásticos, cartones e incluso con mosquiteros. Las familias se disputan los puntos cercanos a los lujosos hoteles del centro, las mejores esquinas para tener otra posibilidad de ingresos. Se dice que existe una gente tan desesperada que han creado un laboratorio de monstruos, donde los recién nacidos son operados para lisiarlos y dar más pena. Será leyenda o realidad pero yo en ninguna parte del mundo he visto tal cantidad de seres humanos tan desfigurados. Es matemática pura, a más deformación más pena, a más pena más dinero. En un país donde la policía cobra a los mendigos por dejarles trabajar en un semáforo, las cosas más descabelladas consiguen un estatus de normalidad y dejan de asombrar al cabo del tiempo.

Volvimos a Nueva Delhi, donde teníamos alquilada una casa desde hacía dos años, y empezamos a preparar

---

Nota antes de empezar:

*Los nombres de los personajes han sido cambiados para evitar posibles represalias o malos entendidos, sólo se han mantenido los que, por lo abierto de la sit*

tanto la salida de la India como el itinerario a seguir. Por un tiempo seguimos con nuestra vida, hasta que tuviéramos claro los pasos a seguir.

Normalmente me despertaba de madrugada, atajando el intenso calor que me atolondraba con los cubos de agua dejados a enfriar por la noche. La rutina empezaba temprano, cuando todavía se podía pensar. Repasar el correo electrónico y las noticias a través de internet buscando historias interesantes para contar. Ser fotógrafo de prensa en la India y trabajar por libre me obligaba a estar siempre en movimiento. El mundo estaba un poco saturado de noticias sobre esta parte del planeta, en menos de un año habíamos pasado por la guerra de Afganistán, un brutal intento de atentado terrorista en el parlamento Indio, la posibilidad de una nueva guerra entre las dos potencias nucleares de la India y Pakistán, elecciones en Cachemira y sangrientas revueltas religiosas entre musulmanes e hindúes extremistas en Gujarat. Era un tipo de vida muy interesante pero por desgracia yo pasaba la mayoría del tiempo en Nueva Delhi: una ciudad fundada siete veces, contaminada, abrumadora, capaz de enloquecer a sus habitantes hasta el límite. Su ritmo te saca de quicio, la adrenalina se dispara, los continuos regateos consiguen que acabes creyendo que eres un dólar andante, que todo el mundo te quiere sacar algo. Las sonrisas de los santones se convierten en brillos malévolos de vampiros escuálidos que piden y piden, el vendedor de fruta te ningunea sabiendo que le pagarás más por su mercancía. Con un color de piel tan europea ninguno se apiadará de ti. Es el único país que conozco donde los moto taxis de tu barrio, que saben quien eres y te llevan viendo la cara a lo largo de 24 meses, te timarán a sabiendas de que tú sabes que te están timando y seguirán con esta preocupante sonrisa en la cara hasta que les pagues o te largues.

Mi barrio era Defence Colony, un lugar construido, en principio, para los militares retirados en el centro de la Nueva Delhi. La estructura era un calco de otras zonas

que tenía alrededor, bloques de casas con no más de tres pisos y perfectamente ordenadas entre calles comunicantes. Luego, los planes no sirvieron para nada y el barrio fue cambiando a un lugar de clase media alta, algo raro en este país donde lo que abundan son los extremos. En la India el silencio a cambio de favores es moneda de pago común, y los militares han acabado alquilando casas, pisos, habitaciones y hasta azoteas. Algo que es legal depende de para quién. Un día, al poco de estar viviendo en el *barsati* –así llaman a las pequeñas habitaciones construidas en los tejados de las casas– de un ex piloto de la fuerza aérea, salí de casa y me encontré con una treintena de personas trabajando. Levantaban una pequeña valla a lo largo de un canal de agua sucia, perfecta para la cría de mosquitos. Serían las 9 de la mañana, algunos hombres, delgados, disecados, entregados... charlaban y fumaban sus *bidis* recostados sobre los montículos de arena, las mujeres llevaban ladrillos de un lado para otro en equilibrio forzado, de siete en siete sobre la cabeza, los niños jugaban y miraban. Una lona de plástico azul bastaba para dar cobijo a esta gente que llega de las zonas rurales y vive a pie de obra. Al día siguiente, lo mismo, y al otro, y al otro, así hasta año y medio. La imagen se repetía, los hombres, entre pitillo y pitillo, ponen ladrillos, las mujeres los trasladan, los numerosos niños miran y aprenden. Paran, comen, fuman y vuelven a la carga. Ellos avanzaban en su trabajo parsimonioso, casi dubitativo. La obra se adelantaba sobre el terreno pero el lugar de descarga de los ladrillos ¡seguía siendo el mismo! Cada día perdían más tiempo en el traslado del material porque cada día estaba más lejos. ¿No podía el camión ir unos metros más allá?... con los meses dejé de preguntarme estas cosas. Además esta escena se repetía continuamente porque Delhi siempre está en obras, haciéndose o deshaciéndose. Debe ser cuestión de mantener a la gente ocupada. Es mejor tener a mucha gente cobrando poco que a mucha gente en paro. No hay que olvidar que hay más de mil millones de personas en la India.

Mientras millones de seres humanos deambulan por las calles y sobreviven en las esquinas, el gobierno le da vueltas a un dilema: Cómo eliminar las vacas de las grandes ciudades. Es un plan que ya está en marcha, poco a poco, sin levantar ampollas en los defensores de las ruminantes ciudadinas. Por suerte, a mi barrio todavía no le había llegado su hora. Su traslado será bueno para su salud, porque básicamente se alimentan de las basuras, plásticos, cartones y toda clase de desecho, biodegradable o no, que encuentran a su paso; pero a mí, tener a las vacas urbanas cerca me gustaba. Todavía tengo la imagen en la retina de Ima, mi compañera, corriendo por el mercado escapando de una ternera juguetona que olisqueaba la fruta recién comprada intentando ganarse el sustento como siempre, por la cara. Estos animales saben desde que nacen de su elevado estatus, de su santidad, de su rol como madre de todas las cosas. Saben que nadie las molestará por mucho que caigan en imprudencias temerarias como echarse una cabezadita justo en el centro de una intersección donde, *rickshaws* (triciclos a pedales), bicis, motos, moto *rickshaws* (triciclos a motor), coches o camiones hacen malabares para, en medio de una total desorganización, intentar pasar al mismo tiempo por el mismo sitio.

Pero era sobre todo en verano, durante unos meses, demasiados, de calor asfixiante, cuando Ima y yo nos preguntábamos qué estábamos haciendo allí. De día no te puedes duchar porque el agua, que viene directamente de los enormes cilindros de plástico negro que hay en los tejados, sale ardiendo. Caminar cansa, ir en moto quema, la mejor opción para moverse por el barrio es un triciclo tirado por esos superhombres delgados como pajas –los *rickshaw-wallas*–, eso, claro, si no es mediodía porque estarán dormitando como fakires, huesos y pellejo contra las curvas plateadas de la bici. En las horas de calor, la ciudad entera entra en una especie de sopor, los perros callejeros parecen muertos en las esquinas sombreadas, los tenderos confían en los clientes mientras se sanean entre el género, y los clientes prefieren esperar para discutir precios a que la

oscuridad baje un poco el bochorno. Dicen que en Delhi no se oye nunca el silencio, eso es especialmente cierto en verano por los millones de generadores que intentan mantener los aires acondicionados y las luces de la ciudad en marcha. Los restaurantes, las tiendas, las casas particulares, los locutorios... hay calles en que cada local tiene en su entrada un generador para cuando se va la luz. El problema es que casi todo el mundo roba la electricidad a través de los millones de cables pirateados una y otra vez en su recorrido caótico entre los tejados del reparto y las insuficientes centrales eléctricas de barrio.

En el verano del 2002 no hubo monzón, y eso es lo peor que puede pasar en la ciudad de Nueva Delhi: que no llueva. Todo el mundo lo espera, los agricultores por necesidad imperiosa, los políticos para que se calmen los ánimos, los oficinistas para que no sigan saltando los aires acondicionados y los mendigos para no quemarse los muñones con el asfalto cuando trabajan entre el tráfico. Pero el agua del monzón no llegó. Por lo tanto ni los ánimos se calmaron, ni se podía trabajar y nosotros cambiamos de aires definitivamente. Era el mejor momento para largarse y comenzar una nueva aventura.

La primera idea había sido comprar un embajador, un maravilloso coche fabricado en la India, y llevarlo hasta España, pero el papeleo, las dificultades burocráticas y todos los peros del mundo consiguieron que partiéramos hacia Barcelona en un avión de Lufthansa.